EL CONVIVIO
DE LOS NIÑOS

TARDES DE INVIERNO

POR

FRANCISCO PI Y MARGALL

Número 2

PUBLICADO POR J. GARCÍA MONGE
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.
1921

TARDES DE INVIERNO

EL CONVIVIO
DE LOS NIÑOS

TARDES DE INVIERNO

POR

FRANCISCO PI Y MARGALL

Número 2

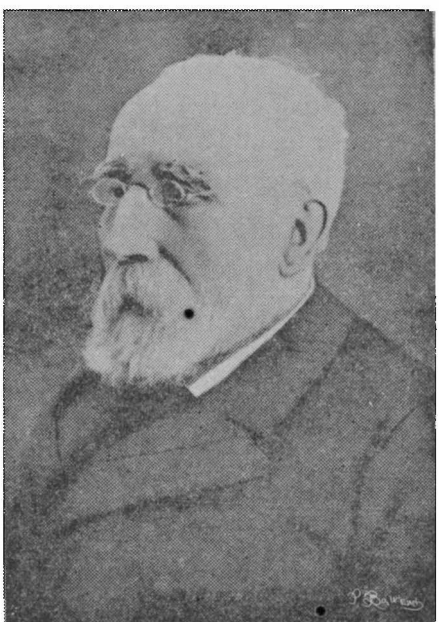
PUBLICADO POR J. GARCÍA MONGE
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.
1921

IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN Y LIBRERÍA «ALSINA».—SAN JOSÉ, COSTA RICA.

Pi y Margall

...Una de las últimas veces que vimos a Pi y Margall fué en una Exposición de pinturas. Las anchas y frías salas estaban desiertas, solitarias; en uno de los salones había un viejecito vestido de negro y una señora también enlutada. Los dos contemplaban en silencio y atentamente los cuadros; se paraban delante de los más notables durante un largo rato; cambiaban de tarde en tarde unas pocas palabras; se sentaban también en algún diván durante un instante para descansar, y luego continuaban, siempre en silencio, siempre recogidos sobre sí mismos, siempre absortos, en su peregrinación a través de las anchas, frías y desiertas salas. Los dos viejecitos—el marido y la mujer—tenían el aspecto de dos modestos industriales, de dos insignificantes labradores

y propietarios que acabaran de llegar a Madrid para poner de este modo—con la visita a la gran ciudad—un oasis en su vida de monotonía, en su vida gris y acompasada allá en la casa de la aldea. Los dos vestían sencillamente, con pulcritud, todo bien cepilladito, todo bien limpio. Los dos tenían maneras y modales recogidos; por ejemplo: en la guisa de poner las manos juntas, apretadas, mientras estaban absortos en la contemplación. Los dos—el marido viejecito y la mujer viejecita—nos daban, a los que los observábamos, a los que sabíamos quiénes eran, un supremo, delicado y noble espectáculo; un espectáculo que resumía en sí lo más selecto de la civilización humana: el espectáculo de dos vidas ejemplares, de dos vidas honradas, laboriosas, consagradas al bien; el pensador, bueno y sincero, trabajando desde la mañana a la noche, afanándose en la lucha desinteresada por su ideal; la esposa, siendo la compañera cariñosa y solícita del político y del luchador, mitigadora de todos sus dolores, alentadora de todos sus afanes. Y ya en el ocaso de sus vidas, después de tantos y tantos años de luchas, de trabajos, de angustias, estos dos viejecitos, siempre buenos, siempre modestos, venían a las salas de esta



D. Francisco Pi y Margall

Exposición de pinturas a contemplar en silencio los cuadros bellos...

...D. Francisco Pi y Margall es uno de los intelectos más límpidos, coherentes y lógicos que nos ofrece la España contemporánea.

...Como estilista Pi y Margall es limpio, terso, preciso y conciso. La precisión y la concisión son las características de su prosa.

...En la introducción a las *Tardes de invierno*, Pi y Margall traza el cuadro de un paisaje nevado. En una casa rústica un anciano charla con unos niños. Todo es silencio augusto en la Naturaleza; las montañas aparecen blancas a lo lejos; el campo entero es una inmensa sábana blanca. Dentro, las llamas lamen las negras paredes del hogar. El anciano va preguntando a cada niño lo que quisiera ser en la vida. Nada tan bello, tan profundo, tan conmovedor como estas páginas del gran estilista. Va cayendo la tarde; llegan las sombras del crepúsculo; comienzan a brillar las primeras estrellas en la inmensidad fosca; en el llar las llamas se han apagado y sólo un tenue resplan-

dor azul flota sobre los tueros. En este momento el anciano, que ha estado discurriendo sobre el porvenir de estos niños, queda arrobado ante la contemplación del campo: la luz difusa del crepúsculo, el silencio profundo, las siluetas de las lejanas montañas, el reposo de la Naturaleza, todo, en fin, entra en su espíritu. «Siento sumergida toda mi alma, todo mi ser — exclama — en este mundo que *vive de mi vida* y encierra hasta en la dormida piedra el espíritu de Dios, *que adquiere en mí la conciencia de sí mismo.* ¡Silencio, silencio! No interrumpáis mi éxtasis. No trocaría por él la corona de los héroes». En las frases subrayadas se expresa el pensamiento filosófico de Pi.

AZORÍN

(Lecturas Españolas).

¿Habrá algún actor en España que pueda decir el monólogo que sirve de introducción a las *Tardes de invierno* de Pi y Margall? ¡Qué magnífico, grandioso fragmento para un actor! En hondura de pensamiento y en fuerza dramática—íntima y delicada—, no habrá nada que le supere en la literatura española contempo-

ránea. El final de este estupendo monólogo —invocación religiosa a las fuerzas eternas del mundo—llega a lo más alto de lo sublime.

AZORÍN

(De *A B C*. Artículo: *De un transeunte)*.

Sigan los maestros esta indicación autorizada de AZORÍN y hagan aprender a los mayorcitos de las escuelas el monólogo admirable.

TARDES DE INVIERNO

Introducción

QUÉ triste es el color gris del cielo! Azota el viento las altas cumbres y desciende en ráfagas al valle. Las yerbas de los prados besan el suelo.

¿Oís crugir las carcomidas tablas de nuestra choza? Llamea el hogar; y, no bien deja el humo los medio encendidos leños, se esparce en remolinos por la estancia. Ved como chispea el caldero que cuelga del llar. Cae el hollín por los bordes de la chimenea.

Está nevando. ¡Cuán bella y silenciosamente baja a la tierra ese maná de los campos! Parecen flores los copos que caen sobre las plantas de la huerta. Mirad los cerros de enfrente. Apenas se los distingue en medio de la niebla. ¡Cómo crecen a la vista los objetos! ¿No es aquella la humilde cruz de piedra en

cuyas gradas cubiertas de musgo nos sentamos antes de doblar la cumbre?

Os estáis estremeciendo de frío. Muchacho, trae retama y buenos troncos de pino. Arda el hogar y suba la alegre llama al cielo. Y en tanto que crujan y castañeteen los leños, y suene el agua del caldero en sonoro zumbido, e hierva y se agite en raudas olas como la de un mar borrascoso, bebamos y platiquemos, al amor del fuego en buena paz y compañía.

¿Sobre qué será la plática?—¡Ah! ¿te gustan a ti los cuentos sobre las hechiceras y las hijas del agua?...—¿Y a ti los combates?—¿Y a ti las desventuras del cazador perdido en el bosque y las del pastor enamorado?—Las hechiceras y las hijas del agua, te turban la razón y los sentidos. No te atreves a moverte en las tinieblas. Te espanta de noche tu misma sombra. Escondes la cabeza debajo de las sábanas. Ves al través de tus párpados esos mentidos fantasmas, evocados sin cesar por la poderosa voz de la poesía. No, no te convienen a ti los cuentos de hadas.

—¿Qué vez tú en las batallas, hijo mío, para que te complazcas en que te las refieran?—Dices que se te figura oir el redoble de los

tambores y el trémulo son de las cornetas, los ayes de los moribundos confundidos con el relinchar de los caballos y el pavoroso estruendo de la pelea, los alaridos de triunfo de los vencedores en confusa mezcla con el rumor de los que huyen sintiendo sobre sí las lanzas de sus enemigos; que ves levantarse a tus ojos entre nubes de polvo y humo los dos ejércitos combatientes con sus armas y sus capacetes, que relumbran como heridos del relámpago al fuego de los cañones; que ves flotar al aire sus banderas y sus estandartes trepados por la metralla, el suelo tinto en sangre, la sangre de los heridos saltando bajo la herradura del intrépido caballo. Y ¿no te afecta dolorosamente la imagen de tan horrendo espectáculo? Las batallas, hijos míos, han sido muchas veces una necesidad en el mundo. Se las cree todas hijas del capricho, ya de los reyes, ya de los pueblos; mas injustamente. En muchas se hallaron frente a frente dos principios La civilización luchó con la barbarie, la idea con la realidad, lo porvenir con lo pasado. Las revoluciones y las reacciones son batallas: ¿sabéis por qué las hay en los pueblos? Llevamos la contradicción en el espíritu: ¿cómo no ha de parecer en los

hechos de la humanidad y el hombre? He aquí por qué remueve la guerra el suelo de las naciones. Seres dotados de razón, ¿podemos sentir nunca gozo en recordar esos combates hijos de la triste condición de nuestro espíritu?

Tú eres mujer, hija mía, y amas las aventuras y los cuentos de amores. Guárdate de que te seduzcan. ¿Qué es para ti el amor? ¿Una copa de oro? Sí, una copa donde unos beben el néctar del placer, otros las lágrimas de la desesperación y el remordimiento. Pintáronle los antiguos niño y vendados los ojos. ¿Deberemos dejarle que busque ciego las flores de la vida? ¿no deberá antes la razón desceñirle la venda?

No os dejéis llevar nunca, hijos míos, sólo de la imaginación y el sentimiento. El sentimiento sin la razón es lo que el relámpago en negra noche. Deslumbra mientras brilla; hace luego más profundas las tinieblas. ¿Qué es sin la razón la fantasía? Mariposa que anda errante entre las flores, y después de haber cruzado galanas praderas y risueños valles, deja tal vez abrasar sus hermosas alas en la mezquina luz de un reverbero. Procurad comprender ante todo si queréis ser hombres. ¿No habéis oído que nuestro cuerpo es una cárcel? La razón es

la luz que nunca se apaga en este calabozo obscuro. No os empeñéis en cerrar a la luz los ojos del alma.

Ver y no comprender, sentir y no comprender, ¿es acaso ver ni sentir para el hombre? Sin comprender ve y siente también el bruto. Tenéis abierto ante vosotros un gran libro, y no acertáis a leer en él una palabra. Vuestra misma personalidad es para vosotros un enigma. Os pregunto a todos por qué arde ese viejo tronco de pino, y guardáis silencio; por qué esa copa de vino os conforta y calienta, y no os atrevéis a responderme. El mundo, os ha dicho vuestra madre, es el templo de los templos: el sol es su lámpara de oro, los cielos su bóveda, los montes sus altares, la yerba y las flores de los campos su matizada alfombra. Después de todo, ¿qué conocéis del mundo? La tierra que pisáis, a vuestros ojos inmóvil, gira sin cesar sobre su eje y recorre una órbita inmensa en torno del sol, fijo en el espacio. Lo ignoráis aún, y no debéis ignorarlo. Abrid el corazón a la ciencia: preguntad o preguntaos la razón de todo.

Mas los leños están casi hechos ascuas: sólo una que otra llama azul corre y ondula

sobre la negra superficie de los carbones. Venid y ved, hijos míos. La naturaleza se ha vestido de blanco como esas castas vírgenes que consagran a su Dios su mano y su hermosura. ¡Qué bien se destacan ahora aquellas cumbres sobre las agrisadas nubes! Las ramas de los árboles se inclinan al peso de la nieve: mirad como vuelan despavoridas las aves sin hallar donde recoger el alimento de sus hijos. ¿No distinguís allí a lo lejos una como sombra que cruza la falda de aquel cerro? Es el buitre que pasa casi al ras de la nieve batiendo apenas sus extendidas alas.

¡Qué solemne es en estos instantes el silencio y el reposo de la naturaleza! El labrador no dejará ya hoy sus hogares, ni las ovejas su aprisco, ni los pastores su majada. ¡Quiera Dios que el viajero no pierda su camino, oculto bajo la nieve! que no resbale en el hielo formado por la noche fría, ni caiga con el furor del témpano al fondo de los precipicios.

Se acerca la noche, hijos, id y decid a vuestra madre que apreste la cena. Poned sobre el blanco mantel vuestras jarras de leche; haced que ruede en la lumbre el tamboril de las castañas. Mas ¿no brilla aún el sol en los agu-

dos picachos de Occidente? No parece ya un globo de fuego sino un disco de oro. ¡Qué bella aureola la de sus grandes rayos, que brillan por claro sobre el fondo de las nubes! Una línea de luz corre como una franja de azófar sobre la ondulante cresta de los cerros. Uno hay bruscamente cortado en que no pudieron sostenerse los copos de nieve. Se presenta por obscuro y no parece sino la bóveda de una espantosa caverna.

¡Naturaleza! ¡naturaleza encantadora! ¿quién podrá agotar nunca tus bellezas? ¿qué pintor reunir en su paleta los colores de la tuya? Idos, y disponed la cena. Dejadme gozar a solas de este espectáculo sublime. Vuelve a silbar el viento en las desnudas ramas de los árboles, y el cielo a recobrar su azul sereno. Quiero ver cómo la noche descoge su manto de estrellas sobre los blancos valles y los blancos montes. Quiero contemplar a la luz de la luna cómo extienden los árboles sus inmóviles y misteriosas sombras sobre ese sudario de la naturaleza. Quiero oir en el silencio de la noche las cien voces de los arroyos que desatará el viento entre la nieve y el pavoroso rumor de la remota cascada.

Siento sumergida toda mi alma, todo mi ser en este mundo que vive de mi vida y encierra hasta en la dormida piedra el espíritu de Dios, que adquiere en mí la conciencia de sí mismo.

¡Silencio, silencio! no interrumpáis mi éxtasis. No trocaría por él la corona de los héroes.

La fuente

EL PADRE.—Pues os sentís fatigados de la cacería, sentémonos en este viejo y carcomido tronco, al pie de esta fuente deliciosa. ¡Cuán puras y cristalinas son sus aguas! Ved cuan fielmente reflejan en este pequeño mar la imagen de los castaños y las hayas. Corren allí entre rocas tapizadas de musgo, y bajan con dulce murmullo a confundirse con las del arroyo que serpentea en la llanura... ¡Qué bella es en todas partes la naturaleza!

ALFREDO.—Bella, pero incomprensible. ¿No era en Agosto y no hacía un sol abrasador la última vez que bebimos del agua de esta fuente? Estaba entonces fría; y ahora, que el sol no ha podido derretir aún el hielo de los charcos, está que parece tibia. ¿A qué atribuís este fenómeno?

EL PADRE.—El agua de esa fuente, Alfredo, como la de casi todas, no cambia de temperatura. Viene por debajo de la tierra a profundidad tal, que no la afectan ni el sol ardiente de Julio ni las fuertes heladas de Enero. Si la encuentras en verano fría y en invierno caliente, es porque de una a otra estación cambia tu temperatura, no la suya. El agua está, por ejemplo, a diez grados durante todo el año. Si el aire que respiras está en Agosto a treinta, ¿cómo no te ha de parecer fría? Si en Diciembre a cero, ¿cómo no templada?

No te refrescarán, a buen seguro, en verano, ni te calentarán en invierno aguas que pasen muy someras. Participa la tierra de la temperatura exterior hasta unos ocho metros de la superficie; y si corren las aguas a menos profundidad, es obvio que han de estar más calientes en Agosto, más frías en Diciembre. Nunca, sin embargo, tanto, ni con mucho, como las de los arroyos y los ríos. Escavas, aún hoy, el suelo, y se templan tus manos. ¿Por qué? Porque si está la corteza de la tierra a cero como el aire, las capas inmediatas están a uno y dos grados, y otras, más interiores, a tres y a cuatro. ¿Cómo ha de estar así nunca el agua

subterránea a la temperatura de la que corre por la haz del globo?

ALFREDO.—Mas el agua de este pequeño mar no la defienden del aire ni tierra, ni puertas, ni paredes. ¿Cómo no amaneció helada al par de la de nuestros jarros?

EL PADRE.—Este pequeño mar recibe de continuo el agua de la fuente: está siempre templado y movido. ¿Cómo quieres que se hiele? Se hielan hasta los ríos; pero los ríos, ni reciben todas sus aguas del fondo de la tierra, ni tienen dimensiones tales que puedan extender a toda la superficie el calor de las que reciben elevadas a mayor temperatura. ¡Cuánto no tardan, con todo, en helarse! Arrastran en su propia corriente muchos de sus primeros cristales de hielo; y si éstos no se hallasen detenidos, ya por rocas, ya por muchas asperezas de las márgenes, ya por otros obstáculos, no veríamos nunca heladas las de corrientes algo caudalosas.

Mas ¿en qué piensas, Eduardo, que no atiendes?

EDUARDO.—Ved, padre, esta pequeña rama que acabo de levantar del suelo. No parece sino de piedra. ¿Lo es realmente? Recuerdo que nos

hablasteis de aguas que petrifican, de grutas y de cuevas a que han dado un aspecto fantástico. ¿Tendrán tan maravillosa propiedad las aguas de esta fuente?

EL PADRE.—La tienen, Eduardo. Mas ¿por qué la has de llamar maravillosa? Las aguas, al venir filtrando la tierra, absorben sin cesar partículas de las distintas sustancias que atraviesan. Estando como están muy cargadas de ácido carbónico, pueden contener en disolución, mientras no salen de las entrañas del globo, partículas en cantidad mucho mayor de lo que permite su naturaleza. Llegan a ponerse en contacto con el aire y pierden de repente ácido carbónico. Han de desprenderse de parte de sus elementos extraños, todos minerales; y al dar con materias tan porosas como las orgánicas, los van depositando en los poros hasta cubrirlas, o, lo que es lo mismo, hasta petrificarlas. Si esa rama, hoy desnuda, hubiese estado cubierta de hojas, te parecería de piedra.

Ahora bien, Eduardo, supón que brotan estas aguas gota a gota de la bóveda de una gruta. Si el aire las evapora antes que caigan, van dejando en la misma bóveda sus partículas minerales adheridas unas a otras, y formando

esas afiligranadas estalactitas que de tanta poesía revisten los lugares subterráneos. Si llegan a caer en las piedras del suelo, depositan en ellas sus sales formando estalagmitas, y van siguiendo su curso de filtración o rodando fuera de las grutas en pequeñas corrientes, que no parecen sino delgados hilos de plata. Calcula si en una larga serie de siglos no han de trazar por este medio las aguas, sobre todo en cuevas de alguna extensión, labores caprichosas, dignas de ser atribuídas por los poetas a la invisible mano de los genios.

Ocurre no pocas veces, principalmente donde la filtración es abundante, que las aguas dejan parte de sus elementos extraños en la bóveda, y, después de su caída, otros en el suelo. Fórmase entonces, en una misma línea perpendicular, una estalactita y una estalagmita, cuyos vértices llegan a encontrarse y confundirse. ¡Qué de figuras fantásticas no suelen resultar de este fenómeno! En lo interior de las grandes cuevas no penetra la luz del día; se las ha de recorrer al trémulo resplandor de hachas y teas; y aun el hombre de menos imaginación vé en aquellos ricos juegos de la Naturaleza, ya vírgenes envueltas en sus man-

tos, ya espantosos monstruos que parecen realizar los cuentos de la Edad Media sobre los encantadores y las hadas.

EDUARDO.—¡Con qué placer vería yo esas grutas! No las hay en este prosaico país a que nos trajo nuestra mala suerte.

EL PADRE.—Tu imaginación predomina sobre tu razón, y lo siento. La razón debe regir y gobernar todas las facultades del hombre. No sería yo por cierto quien te llevase a esas grutas, aun cuando aquí las hubiera. Te llevaría, si estuviésemos en Cataluña, a las cuevas de las célebres salinas de Cardona. No verías allí quimeras, y sorprenderías, por decirlo así, la Naturaleza en su obra de petrificación, viendo crecer por momentos las estalactitas y las estalagmitas.

Las salinas de Cardona son montañas de sal-piedra, que brillan con todos los colores del arco-iris cuando reciben los rayos del sol después de fuertes aguaceros que hayan sacudido la espesa costra de polvo que las cubre. Tienen en su raíz espaciosas cuevas, por cuyas bóvedas van filtrando incesantemente aguas, que, no por no ser muy cristalinas, dejan de venir impregnadas de partículas de esa misma

sal porque han ido pasando. Tan impregnadas vienen, que no cae gota en nuestros vestidos que no deje en ellos sal pura, sal que sueltan, cuando se evaporan. Figuraos si han de colgar de aquellas bóvedas y brotar de aquel piso numerosas estalactitas y estalagmitas. Bóvedas y suelo parecen ataraceados; las cuevas, revestidas de blancos y resplandecientes copos de no pisada nieve.

Pero nos ha llevado ya muy lejos tu pregunta, Eduardo. ¿Qué se te ocurre a ti, Alfredo?

ALFREDO.—¿Sabes que creo haber adivinado por tus últimas explicaciones la razón de la existencia de las aguas medicinales? Porque si éstas petrifican, por traer disueltas sustancias minerales, ¿no es cierto que, según den en su camino con una u otra clase de sustancias, han de tener distinto sabor y ejercer sobre nosotros distinta influencia?

EL PADRE.—Certísimo, Alfredo. Vienen filtrándose ciertas aguas por algunas de las capas minerales del suelo, y de ellas, y sólo de ellas reciben las propiedades que las caracterizan. ¿Es tan fácil que dés con la razón de las aguas termales, de aguas, como las de Caldas de Montbuy, que salen del caño de la

fuente como del pico de una caldera al fuego?

Os he dicho que la tierra a la profundidad de algunos metros no participa ni del frío del invierno ni de los ardores de Agosto; debo añadiros que tiene en su centro un calor propio, que es en ella lo que en nosotros el calor de la sangre. Las aguas que corren muy profundas participan de calor tan intenso; y profundas pasan las termales.

ALFREDO.—¿De modo que las aguas, a cierta distancia de la superficie de la tierra, están en verano más frías que el aire, porque no las penetra el calor de los rayos solares; pero en verano y en invierno tienen una temperatura algo elevada por ese fuego interior del globo?

EL PADRE.—Sí; esa temperatura aumenta en razón de la mayor profundidad a que las aguas corren. Hechos recientes lo demuestran de una manera irrefragable. Se ha abierto pozos artesianos donde la ciencia los creía imposibles. Se ha perforado la tierra hasta una profundidad fabulosa, y se ha dado al fin con aguas, pero con aguas termales.

Observo, muchachos, que se nos va cerrando el horizonte. Bajemos rápidamente al valle.

Hemos de vadear el arroyo, y cuando llueve, viene raudo y caudaloso. El puente está lejos; el frío crece; el viento arrecia. Vámonos, y contaremos, junto al hogar, a vuestra madre nuestras aventuras de caza.

El fuego

Me preguntas, Eduardo, ¿por qué arden y crujen esos viejos troncos? ¿Y tú por qué os dije que no sólo del fósforo, sino también del aire, puede brotar fuego?

El calor es, hijos míos, la vida. Mana a torrentes del sol, hierve en el seno de la tierra. No lo sentís en muchos seres, pero lo hay hasta en el hielo. Concentradlo, y tendréis lumbre; despertad el que duerme en la piedra, el hierro, la atmósfera, y veréis nacer fuego como por encanto.

Abrasan aún los más tibios rayos del astro del día cuando se los recoje en un solo punto por medio de una lente convexa o de un espejo cóncavo de metal bruñido. Encienden fuego los indios restregando la punta de un leño contra la superficie de otro leño. Incendia el

viento dilatados bosques, poniendo en roce las desnudas ramas de los árboles. El herrero bate un hierro en su yunque e inflama con él su pajuela de azufre. ¿No habéis visto vosotros mismos saltar chispas del pedernal herido por el eslabón de esos pobres colonos? Las veréis saltar no pocas veces de las piedras del camino bajo la herradura de fogosos caballos. Poned yesca en el fondo de un tubo, coged el émbolo, comprimid el aire, y la yesca arde. Tritura el químico ciertas sales en su mortero, y obtiene fuego.

¿No comprendéis el motivo? El frote, la percusión, la presión, desarrollan el calor oculto en los cuerpos. ¿Basta este calor para que se inflame una sustancia? La inflama en cuanto se desprende. ¿Cómo queréis, luego, que no pueda más el calor concentrado que esparcido? Bajan los rayos del sol y os inundan el cuerpo. Si derramados por todos los miembros os lo calientan, recogidos en uno o en la centésima parte de uno, han de abrasaros. Sentías antes en aquel punto el calor de un solo rayo; sentís ahora el de ciento. ¿No es verdad, Elena?

Tu pregunta, Eduardo, es mucho más concreta: ¿por qué arden y crujen esos troncos?

En la Naturaleza se presentan escasos fenómenos que no sean debidos a la acción de elementos de distintos cuerpos, que se atraen o se repelen, se absorben o se separan, se prestan mutua vida o se destruyen. ¿Querréis creer que es imposible explicar la combustión de esos troncos sin conocer el aire que respiramos? Hay en él dos gases: el oxígeno y el azoe. En azoe puro, los objetos encendidos se apagan; en oxígeno puro arden con más rapidez y despiden una luz deslumbradora. No produce el oxígeno el fuego, pero lo alimenta. Dotado de una gran tendencia a combinarse con los cuerpos combustibles, se precipita sobre ellos apenas el calor los penetra, y no los abandona mientras existen.

Pero ¿qué es un cuerpo combustible? Un cuerpo que, como esos troncos, como el carbón vegetal, como el de piedra, está principalmente compuesto de hidrógeno y carbono. El carbono es sólido; el hidrógeno, gaseoso; el carbono, capaz de calentarse y enrojecerse; el hidrógeno, inflamable. ¿Qué hacemos cuando deseamos que arda en el hogar la leña? ¿No ponemos debajo una tea encendida, o ascuas, o rescoldo, o algo de lumbre? Pone el calor en libertad el hidrógeno de los troncos, que apenas despren-

dido y en contacto con el oxígeno del aire y con el fuego, da de súbito llama. Prende la llama en el carbono y lo calienta. Unese con él otra cantidad de oxígeno, y se forma gas ácido carbónico. Opérase la combustión: hay fuego.

Poned sobre los leños algo que impida el acceso del oxígeno, y veréis como no se encienden; ponedlo sobre las ascuas, y veréis como se apagan. He aquí por qué silban y no arden los troncos verdes ni los que están mojados hasta que el fuego interior haya evaporado la savia o la humedad de las lluvias. He aquí por qué arrojamos agua a raudales sobre los edificios que devora el incendio. Detiene el agua el paso del oxígeno.

—¿No habéis observado, por otra parte, cómo vuestra buena madre cubre de noche el fuego de la hornilla con una capa de ceniza? La ceniza no impide, pero sí dificulta la unión de aquel fluído con el carbono. Las ascuas no siguen ardiendo sino lentamente. Duran hasta el amanecer del nuevo día.

Preguntad, hijos, preguntad incesantemente la causa de los fenómenos de la Naturaleza. No temáis pecar de indiscretos. Solo así se desarrolla y enriquece la inteligencia.

La lluvia

DESDE esta altura se domina el valle: sentémonos en las gradas de esta cruz, y observemos atentamente la Naturaleza.

¿No distinguís una niebla, allá a lo lejos, bajo las ramas de los árboles? Vedla como crece y se levanta. Cubre ya la colina, trepa por las faldas de los cerros.

Me preguntáis donde ha nacido; ¿acaso no la habéis visto brotar de la llanura? De la humedad de la tierra, del agua de los arroyos, de las olas del mar desprende el calor vapores, que absorbe el aire cuando tibio y seco, y condensa cuando frío y húmedo. Las nieblas, como las nubes, no son más que esos vapores condensados. Nacen hoy en el valle, mañana en el monte, al otro día en el Océano, al otro en la corriente de un río. ¿No adivináis el

motivo? No anochecerá tal vez sin que el viento haya llevado a otros países el aire que dejó surgir una al pie de aquella quebrada.

Vedla aún en la extremidad de esos campos. Lejos de subir, se ha extendido a lo largo de las alamedas. ¡Cuán hermosamente sobrenada en ella la flexible punta de los chopos! Parecen sumergidos en un lago.

Extrañáis cómo no vuela a lo alto de la atmósfera; dejaría si tal hiciese, de ser niebla. Las nieblas y las nubes no sólo reconocen una misma causa; se componen igualmente de pequeños glóbulos que las hacen flotar sobre la tierra. ¿Sabéis en qué se distinguen? Precisamente en que las unas apenas se separan del suelo, y las otras se elevan a gran distancia del punto en que nacieron. ¿Están más frías las capas inferiores del aire que la superficie de que el vapor se exhala? El vapor no las puede vencer por hallarlas muy densas, y permanece debajo en forma de niebla. ¿Están por lo contrario más calientes? El vapor se abre paso hasta que da con otras de menor temperatura, y forma nubes.

¿Qué estáis diciendo, Adela? ¿Que te dan las nubes enojo? ¿Enojo? Nos envían la lluvia,

que fecunda los campos; la nieve que los defiende del hielo y la escarcha; la tempestad que purifica el aire. Templan el calor de los rayos solares, impiden la irradiación del de la tierra. ¡Desgraciado del país sin nubes! Cautiva un cielo sereno; pero las nieblas y las nubes ¿no le dan acaso belleza? A ti misma, Adela, te he visto extasiada ante los claros arreboles que dora el sol cuando baja a su ocaso o asoma por Oriente: extasiada ante el oscuro nimbo en que se dibuja majestuosamente el arco iris; extasiada ante las coronas de la luna y esas blancas nubecillas que parecen, ya ricos penachos, ya cabelleras sueltas y esparcidas por el viento. Sin nieblas ni nubes que pasasen por delante de la luna, ¿tendría la luna aureolas? Sin negras nubes que reflejasen los rayos del sol, descompuestas por las gotas de agua de ellas suspendidas ¿veríamos nunca el arco iris? Sin nubes que recibiesen el color rojo de la primera y la última luz del astro del día ¿hallaríamos nunca arrebolado el cielo?

No ha mucho, allá al caer del otoño, sorprendí a Eduardo contemplando cómo corrían y cambiaban de forma unos densos nubarrones que venían de Occidente. Pregúntale si gozaba

o no viendo aquel espectáculo. Ya le parecían las nubes torres colosales, ya figuras gigantescas, ya dragones alados, cien veces más fantásticos que los de la fábula. Ora se cerraban y apiñaban, aumentando la oscuridad del espacio, ora se abrían, derramando sobre la tierra una luz mortecina y pálida. ¿No es verdad, Eduardo?

Toman infinitas formas las nubes, y no es, por cierto, raro. Ligeras, poco o nada compactas, de partículas esencialmente movibles, se modifican al menor hálito del viento. ¿Contienen electricidad? Se atraen unas a otras, se repelen, se juntan, se destruyen, según sus diversas condiciones eléctricas. Son todas hijas de la humedad, del agua; pero el agua pudo estar embebida en la tierra y en el aire. ¿No es de creer que por esta razón cambien de figura? La luz las hiere, por fin, desigualmente, y las viste de colores al estar el sol debajo del horizonte.

Varias, muy varias son las formas de las nubes: ¿os sorprenderéis si os digo que no es difícil predecir por ellas las mudanzas del tiempo? Esperad días claros si, ya en Oriente, ya en Occidente, véis arreboles de oro, porque es seguro indicio de que no están aún conden-

sados los vapores de la tierra, ni basta a condensarlos el frío de los crepúsculos. Esperadlos aún si rizadas nubecillas blancas cruzan, como bandadas de cisnes, la bóveda del cielo, porque no se presentan sino cuando hay poca humedad en el aire. Temed ya de los arreboles oscuros, de las nubes de contornos perdidos, de las que revisten la forma de monstruos y quimeras. Llevan éstas el rayo en sus entrañas; aquellas la lluvia. ¿Recordáis los arreboles oscuros? Son de un amarillo cobrizo, y el amarillo es, entre los colores de los rayos del sol, el que necesita de un aire menos denso para que lleguen hasta nosotros. Cuanta menos densidad, más húmedo está el aire y más probables son las aguas.

Traed ahora, si podéis, a la memoria el aspecto del horizonte momentos antes de que llueva. Las nubes, ha poco negras, son pardas; oscuras en el centro, van clareando hacia los extremos hasta ponerse trasparentes. ¿Podéis decidir nunca dónde acaban? Las lluviosas ofrecen todas el mismo carácter; no las tempestuosas. ¿No habéis advertido en las tardes borrascosas de verano cuán desiguales, pero bien definidas están las nubes? A no estarlo, no podría vuestra imaginación ver en ellas fantasmas.

Observad incesantemente, hijos, el mundo que tenéis por morada: no siempre os daréis razón de los fenómenos, pero los iréis reuniendo y conoceréis más o menos tarde la ley a que obedecen. ¿Creías tú, Alfredo, que no era posible augurar el bueno o el mal tiempo? ¿Lo auguran los labradores del campo y no lo había de augurar la ciencia? Hasta muchos de esos pronósticos vulgares que tan a menudo provocan tus sonrisas, tienen su razón de ser y están fundados en el estudio de la Naturaleza.

No son solamente las nubes las que anuncian el tiempo. Horas antes de llover abate la golondrina el vuelo en busca de los insectos que la alimentan y dejaron por lo frías, las altas regiones del aire; relajado su sistema nervioso, abandona la oveja los verdes prados, y se echa indolentemente al abrigo de los setos; las flores como que despiden más fragancia, porque detiene su perfume el agua absorbida por la atmósfera; el trébol y la pimpinela, cierran o tienen a medio cerrar sus hojas. Efecto de esta misma humedad, las puertas se entumecen, las lámparas chisporrotean, el humo del hogar se esparce por la estancia. ¿Se aproxima, no sólo la lluvia, sino también la

tormenta? Abandonan los peces la superficie del Océano, y la gaviota, que sustentaban, cruza presurosa la ribera a caza de las pequeñas larvas; el ánade marino nada en la cumbre de las olas agitadas y recoge los insectos que envolvía la espuma.

—Pero ¿qué es al fin la lluvia—pregunta el buen Alfredo.—¿Cómo está a veces el cielo cubierto y no da una gota de agua? ¿Cómo otras se oscurece de improviso y cae el agua a torrentes?—Evapora el calor la humedad; liquida los vapores el frío. La lluvia no es más que vapor líquido, cuyos glóbulos se convierten en gotas. ¿Ha de bastar empero una simple baja de temperatura? El horizonte puede estar oscuro, el aire estar seco, y el vapor ser absorbido por la atmósfera. Que no esté la atmósfera saturada de vapores, es difícil que llueva sólo porque se enfríen las nubes. El aire de la noche es siempre menos templado que el del día. Nubes, formadas hoy al calor de la tarde, no es sino muy común que se desvanezcan a la luz del sol sin haber humedecido la tierra. ¿Vas ya concibiendo la naturaleza de la lluvia?

Prodúcela no pocas veces la electricidad

del aire, causa principal de los grandes aguaceros del verano; prodúcenla, sobre todo, los vientos, que ya hinchan repentinamente las nubes, dándoles los vapores que han recogido al atravesar los mares, ya las disipan y absorben por venir sedientos de lugares arenosos, abrasados por un sol sin nieblas. ¿Qué no os podría decir ahora tanto de la electricidad como de la influencia de los vientos?

Pero os va ganando el frío, y se dilatan las sombras de los árboles sobre la vertiente del cerro. Bajemos al valle antes no despliegue la noche su manto de tinieblas.

Los colores

EL PADRE.—Clara y bella es la tarde. Bañan torrentes de luz la atmósfera. Ligeras y templadas brisas agitan la yerba de los prados. Continuemos paseando por estos jardines.

¿Qué me decías hace poco Adela?

ADELA.—Esta mañana salimos Alfredo y yo, y nos sentamos al pie del arroyo. Estaban las márgenes salpicadas de rocío; y fijándonos en una gota suspendida de una planta, ya la veíamos de un color, ya de otro: ya de púrpnra como la violeta, ya amarilla como la flor de la argoma, ya relumbrando como fuego. Nos levantamos y arrancamos cuidadosamente la planta: el rocío era blanco, simplemente blanco.

EL PADRE.—¿Y a qué habéis atribuído este fenómeno?

ALFREDO.—En vano hemos pretendido adivinar la causa.

EL PADRE.—¿Daba el sol en la gota de rocío cuando la visteis de varios colores?

ALFREDO.—Sí.

EL PADRE.—¿Estabais en la sombra cuando la visteis blanca?

ADELA.—Sí, sí.

EL PADRE.—¿Y no habéis sospechado si podrían los rayos del sol ser la causa de los colores de la gota? ¿Por qué os parece que es verde la yerba: porque el color verde está en la yerba? No, sino porque está constituida de manera, que de los colores que recibe del sol puede tan sólo reflejar el verde.

Están en la luz los colores y no en los objetos.

ADELA.—¿En la luz?

EL PADRE.—Cada rayo de sol está compuesto de siete colores: tres simples, y cuatro que resultan de su combinación. ¿Absorbe un cuerpo estos colores y no refleja ninguno? Es negro. ¿No absorbe ninguno y los refleja todos? Es blanco. ¿Absorbe seis y refleja sólo uno? Es del color que refleja: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, del color del añil o del de la violeta.

Hay cuerpos que tienen la propiedad de descomponer la luz; y éstos son los que como el rocío se presentan ora de un color, ora de otro, según la situación del que los observa. ¿A qué os parece que son debidos los colores del arco iris sino a la descomposición de los rayos del sol en gotas de agua suspendidas de las nubes? ¿A qué los colores del nácar sino a la descomposición de la luz por los bordes de las imperceptibles láminas sobrepuestas unas a otras que constituyen su superficie? ¿A qué los cambiantes del cristal y del brillante tallados, sino a la descomposición de la luz por las aristas de las facetas?

No es aún posible determinar con precisión de qué depende que los diversos seres de la naturaleza reflejen distintos colores; pero hay hechos que algo revelan y no os los puedo pasar en silencio. Cuando niños, habéis hecho todos ampollas de jabón, y os habéis divertido en verlas subir por el aire. Luego que se desprendían de vuestro tubo iban cambiando de color ¿no es cierto? Encarnadas al principio, terminan casi siempre por ser azules o de color de violeta. ¿Ignoráis el motivo? Las paredes de la ampolla se van adelgazando porque el

agua de que están compuestas se va precipitando al fondo. Si cuanto más delgadas reflejan colores más delicados y cuanto más gruesas colores más fuertes, ¿no cabe por lo menos sospechar que el espesor de los cuerpos influye en el color que reflejan?

El sonido se cree que depende de la vibración de los cuerpos elásticos transmitida por las subsiguientes ondulaciones del aire; la luz, de las vibraciones del éter, flúido imponderable difundido por la atmósfera. Cuanto más delgados son los cuerpos sonoros, dan también notas tanto más agudas; cuanto más gruesos, tanto más profundas. Las delgadas láminas de cobre de nuestros grabadores producen sonidos muy diferentes de los de las recias campanas de nuestras catedrales; el bordón de la guitarra, sonidos muy diversos de los de la prima. Una analogía tal ¿no nos ha de dar también motivo para que nos afirmemos en la anterior sospecha? Esta analogía es de tanta mayor fuerza, cuanto que la hay aún entre los colores y los sonidos de cuerpos igualmente densos. Para que el éter produzca el color de la violeta se ha calculado que ha de vibrar 699 millones de millones de veces por segundo: para que pro-

duzca el de la rosa, sólo 477 millones de millones. Para obtener el sonido más agudo posible en un piano de siete octavas se ha calculado que ha de vibrar 4,224 veces por segundo; para el más grave, solamente 15.

El diverso estado de las moléculas de un cuerpo opino que ha de influir también muchísimo en que refleje un color u otro. En esas salinas de Cardona de que os hablé otra tarde hay pedruscos de sal de distintos colores. Los rompéis y véis siempre en las partes el color del todo. Los machacáis, los reducís a polvo, y véis ya el polvo completamente blanco. Este hecho no ha llamado, que yo sepa, la atención de los naturalistas; pero es muy digno de examen. Dícese que la nieve, el azúcar, la misma sal son blancas porque se componen de un número infinito de pequeños prismas. ¿De qué se compondrán aquellas enormes piedras, ya azules, ya encarnadas, ya verdes, ya de una transparencia por lo menos igual a las de los cristales más puros? Pero estoy deteniéndome en consideraciones que no os interesan.

ALFREDO.—¿Que no nos interesan? Seguid, seguid, ardo en deseos de saber qué condicio-

nes han de reunir los cuerpos para que descompongan la luz de los rayos solares.

EL PADRE.—La descomponen principalmente los cuerpos transparentes prismáticos, sobre todo el agua. Tomas mañana un prisma de cristal, y haces que venga a dar en él un rayo de sol que baje por un agujero del postigo de tu ventana. Verás al punto reflejados los siete colores, ya en el suelo, ya en el techo, ya en las paredes de tu aposento. ¿No lo has visto acaso nunca sobre el mantel descompuestos por el agua de las botellas? El agua descompone la luz del sol en las cascadas, en los blancos y espumosos penachos que forma al salir de las fuentes de nuestros jardines, en las gotas con que salpica las plantas, los metales, los cuerpos que tardan en absorberla y evaporarla.

¿Cómo estás silencioso, Eduardo? ¿Nada se te ocurre a ti hablándose de cosas tan bellas?

EDUARDO. Temo despegar los labios desde que me dijiste que sobre la razón predomina en mí la fantasía; pero ya que me estimulas a que diga algo, permíteme que te pregunte: ¿y es sólo la luz del sol la que da color a los cuerpos? ¿sólo la luz del sol la que se descom-

pone en el prisma? A la luz de mi lámpara distingo en los objetos los mismos colores que de día; de noche he visto la araña de un teatro chispeando y despidiendo de sus ricas mazorcas de cristal innumerables reflejos de todos los colores. Lo que habéis dicho de la luz del sol ¿es o no aplicable a las luces artificiales?

EL PADRE.—Bien, Eduardo. Has sabido generalizar lo que yo a propósito había individualizado. Las generalizaciones, cuando como la tuya vienen apoyadas en hechos, dan buena idea de la razón del que las formula. Toda luz, es cierto, tiene, generalmente hablando, las mismas propiedades; pero hay entre la natural y la artificial diferencias que, aunque pequeñas, no son para que las olvidemos. La luz del sol es blanca, la de tu lámpara amarilla. La de tu lámpara altera, por ser tal, la apariencia de ciertos colores. ¿No has observado nunca que lo que es azul de día lo creemos verde de noche? El color amarillo de la llama de las bujías y las lámparas se combina con el azul, y da por resultado el verde, que no es sino la combinación de los dos colores.

ADELA.—¿Darán también los colores, lugar a que padezcamos muchas ilusiones ¿no es cierto?

EL PADRE.—¡Tanto, Adela!... Fijas por algún tiempo los ojos en el sol, el fuego, los campos, el azul del cielo; y al apartarlos, no ves ya ningún objeto con el color que en realidad tiene. Tal color que aislado parecerá vivo, entre otros se presentará débil; tal, que al través de un cuerpo te parecerá oscuro, al través de otros le verás claro y brillante. ¿Crees tú que tu sangre tiene ese bello color encarnado con que le ves cuando miras al trasluz tus dedos? No; la ves así porque la materia que la colora flota en una especie de humor lechoso. Al través de un líquido blanco como la leche, todo cuerpo de un color rojo oscuro adquiere transparencia. ¿Ignoras por fin que cambia el color de tu misma cara según el del traje que vistes y el de los objetos que te rodean? Obran recíprocamente unos colores en otros, y nacen de esta mutua y continua influencia grados de color infinitos, desesperación de los pintores que se empeñan en reproducirlos.

¡El color está en la luz, y es la luz tan engañosa!... Presenta invertida nuestra imagen en el agua, levantado el cauce de los arroyos y los ríos, quebrados en el mar los remos de

nuestras ligeras barquillas. Nos hace ver el sol, la luna, los buques de alto bordo antes que estén en nuestro horizonte. Sufre refracción, es decir, desviación, al pasar del agua al aire, del aire al agua, de un aire más denso a otro más raro, de un aire más raro a otro más denso, y nos daría ideas equivocadas de multitud de fenómenos, si nuestra razón no la hubiese estudiado detenidamente, y enseñádonos a rectificar los errores a que con tanta frecuencia nos conduce.

EDUARDO.—¿Y pregunté si nos engañan los sentidos? Padre, el sol traspone ya las vecinas cumbres. Mucho deseo conocer la luz, y saber la causa de tan falaces apariencias; mas temo el aire de la noche por la pobre Adela. Cortemos ya la plática, y crucemos alegre y lentamente el valle.

A la orilla del mar

ALFREDO.—¿Decís que nos engañan a cada paso los sentidos?

EL PADRE.—A cada paso, Alfredo. ¿Ves aquella ola? ¿No te parece que avanza y viene a estrellarse contra las rocas de esta playa?

ALFREDO.—Cierto.

EL PADRE.—No avanza ni retrocede; no tiene más movimiento que el de arriba abajo. ¿Te parecen estas olas continuación de la primera que alcanzan a distinguir tus ojos? Una de tantas ilusiones.

ALFREDO.—¿Qué son entonces las olas?

EL PADRE.—Ondulaciones debidas a la presión desigual del viento sobre las aguas, cuando no a las corrientes oceánicas. Deprimes tu propia carne en un punto, y la ves crecer en otro. Deprime el viento unas aguas, y eleva

las del lado. Cada depresión y cada elevación correspondiente constituyen una ola.

ALFREDO.—No me negaréis que las olas baten aquí con ímpetu las rocas. Ved como se rompen y saltan por el aire deshechas en espuma.

EL PADRE. ¿Allá a lo lejos no ves también como blanquean? Donde quiera que dan con un peñasco, un banco de arena, una isleta, sucede otro tanto. No es la ola la que bate la roca; es la roca la que rompe la ola y la deshace. No en toda la ribera del mar hay rocas. ¿Por qué donde no las hay ves simplemente las aguas extendiéndose como una sábana sobre las arenas de la playa? La sola interrupción de la curva que describen las olas constituye los rompientes.

ALFREDO.—¿Y la espuma?

EL PADRE.—Espuma la arrojan a menudo las olas mucho antes de llegar a la costa. Da el viento contra su cúspide, y dispersa partículas de agua en todas direcciones. Y si las dispersa allí el viento, ¿cómo aquí no las rocas?

ALFREDO.—Comprendo, comprendo; pero he aquí que en tanto que hablamos no parece sino que el mar avanza. ¿Será esta otra ilusión de mis sentidos?

EL PADRE.—No, Alfredo; estamos a la hora del reflujo.

ALFREDO.—¡A la hora del reflujo!

EL PADRE.—¿No has oído según esto hablar de las mareas?

La luna atrae fuertemente las aguas del Océano y las levanta dos veces por día. La subida o el crecimiento de las aguas constituye el flujo; su bajada, el reflujo; su subida y su bajada, la marea. Cuando aumentan las aguas en altura ¿no te parece natural que disminuyan en extensión y pierdan terreno en la playa? Ya que bajen, ¿no te parece natural que lo recobren?

ALFREDO.—¿Y experimentan el flujo y el reflujo siempre a las mismas horas?

EL PADRE.—A las mismas precisamente no, porque el globo emplea sólo veinticuatro horas en dar la vuelta sobre su eje, y la luna veinticuatro y cuarenta y nueve minutos para volver a encontrarse sobre un mismo punto de la tierra. Las mareas se verifican durante una lunación cuarenta y nueve minutos más tarde por día. Establécese, sin embargo, por regla general, y cabe establecerla, que en las seis primeras horas del día las aguas suben, en

las otras seis bajan, y así sucesivamente.

ALFREDO.—¡Admirable fenómeno! ¿Decís que es debido a la luna?

EL PADRE.—La luna basta a producirlo; pero nunca son mayores las mareas que cuando atraen directamente la luna y el sol las aguas del Océano. En los novilunios y los plenilunios, cuando el sol y la luna están en una misma línea, las mareas son muy altas; en las cuadraturas, cuando el sol y la luna están en ángulo recto, las mareas son bajísimas. Obran los dos astros en igual sentido durante los novilunios y los plenilunios; durante las cuadraturas, en sentido opuesto.

ADELA.—¿Sabéis, padre, que os váis entrando sin sentirlo en consideraciones bien difíciles? Os habíais propuesto hablarnos de ilusiones y no de realidades. En hora buena que hubieseis seguido diciéndonos algo de esas pícaras olas que había creído siempre que venían de muy lejos; ¿a qué mentar ahora las cuadraturas y los novilunios?

EL PADRE.—¿Quieres entonces que siga destruyendo tus queridas ilusiones? ¡Pobre niña! Levanta los ojos y mira: ¿qué ves sobre tu cabeza?

ADELA.—¿Qué he de ver sino el cielo?

EL PADRE.—Rasga también esa ilusión, porque ese cielo no está sino en tus ojos. El azul que ves es el color del aire, de este mismo aire que respiras.

ADELA.—¿Cómo, padre?

EL PADRE.—Ven y sígueme. Recoge agua en el hueco de tu mano. ¿De qué color te parece?

ADELA.—Blanca como la de la fuente.

EL PADRE.—Mira, sin embargo, el mar; ¿es blanca la superficie del Océano?

ADELA.—No, sino azul.

EL PADRE.—El agua en pequeñas cantidades es pues blanca, azul en grandes masas. Así del aire. Son también incoloras sus capas, pero azul su conjunto, el conjunto de la atmósfera. A cierta altura de la tierra ¿crees que verías ni aun ese color que tan hermosos sueños te ha inspirado?

ADELA.—¿Qué es lo que entonces se cubre por la noche de estrellas relucientes?

EL PADRE.—¡Pobre Adela! Esas estrellas relucientes están a millares de kilómetros de tu cielo imaginario. La altura del aire atmosférico es de 80 kilómetros. Recorre la luz 320,000 por segundo, y ha tardado nada menos

que años en bajar de la estrella más próxima a la tierra. Calcula a qué distancia de esa bóveda azulada no se ha de hallar la estrella. Está el sol sobre nosotros a más de 157 millones de kilómetros: baja de él la luz en 8 minutos y 13 segundos. Han de distar las estrellas millones de millones de kilómetros lo mismo del sol que de nuestro reducido planeta.

¿Crees por otra parte que ahora como de noche no pueblan el espacio? No las ves ahora porque su luz la eclipsa la del sol; pero brillan y centellean como de noche; aun en lo más claro del día podrías distinguirlas desde lo profundo de un pozo.

ADELA.—¡Y yo que había creído siempre el cielo en lo alto...!

EL PADRE.—¿Mas qué es para ti lo alto? Vives en un globo que gira sin cesar sobre sí mismo. Que estés en el hemisferio del Norte, que en el del Sur, no dejas nunca de ver tu cielo. Como lo tienes sobre tu cabeza, ¿no lo has de tener debajo de tus plantas? Ese que llamas cielo está sobre ti, debajo de ti, a tu derecha, a tu izquierda.

ADELA.—Siento haberos traído de nuevo a hablar de nuestras ilusiones, porque acabáis

de sumergir en un mar de dudas mi alma.

EL PADRE.—¿En un mar de dudas, Adela? Puede muy bien ser una ilusión el cielo de tus sentidos y no serlo el de tu espíritu. Corregir un error de tu cuerpo ¿puede ser nunca negar una creencia de tu alma? No, como tu creencia no descanse pura y simplemente en el testimonio de tus sentidos.

¿Dudas tú también, Alfredo?

ALFREDO.—No, pero he oído explicar muy de otra manera el color del cielo. Ese color que ves, me dijeron, son los rayos azules del sol reflejados por la tierra.

EL PADRE.—¿Y te parece verdadera la teoría? Mañana se cubre el horizonte, y no ves ya en la atmósfera los rayos azules. Subes a una cumbre que domine las nubes, y vuelves a ver azul el cielo.

Pero es Adela muy impresionable. Mírala con la cabeza baja como esas rosas que marchita el hálito de un huracán ardiente. Llevémosla a su buena madre para que la anime con el rocío vivificador de su palabra.

En el lago del Monasterio de Piedra

ADELA.—¡Hermoso lago!

EL PADRE.—¡Qué bien se reflejan en él los cerros que lo limitan, los árboles de sus riberas, el azul del cielo!

ADELA.—No quiebran ni enturbian tan claro espejo sus muchas plantas.

EL PADRE.—Espejos fieles son casi todos los lagos. En alguno debió reconocerse por vez primera el hombre.

ADELA.—En un lago del Paraíso donde iba a morir un arroyo, dice Milton, que Eva, a poco de nacida, vió un ser que reproducía sus movimientos. Asustóse de pronto; estuvo después absorta hasta que una voz le dijo: «Eso que ves, hermosa criatura, eres tú misma;

ven y te llevaré adonde no sea una sombra el ser que te anhela».

EL PADRE.—Murmuraba el arroyo de que habla Milton; entran aquí silenciosamente en el lago aguas no menos puras. Ve como corren entre esas rocas.

ADELA.—¿Sólo de ese raudal se alimenta el lago?

EL PADRE.—Hay en el lecho otros manantiales. Más allá de ese rústico puente de leños que enlaza las dos orillas, cerca de los sauces que tan dulcemente besan las aguas, hay uno a que da el sol de la mañana ricas vislumbres y bellos colores.

ADELA.—Grande es el lago.

EL PADRE.—Grande no; poético. Hélo aquí dormido en la garganta de dos montes, sin que apenas lo ricen las brisas, sin que le turbe la quietud sino el canto de algunas aves o el graznido de los cuervos.

ADELA.—A la luz del crepúsculo, a la de la luna o bajo cerradas nubes, debe esto ser más miedoso que poético.

EL PADRE.—Más poético que ahora. No se hace entonces difícil comprender que los antiguos quichés llegaran a ver canoas de espectros

deslizándose calladamente por las aguas del Ilopango.

ADELA.—En América, he oído que los lagos son mares.

EL PADRE.—En América y en Africa. En la América del Norte, el Lago Superior mide, donde es más largo, 572 kilómetros; donde más ancho, 258; de profundidad media, 295. Tiene oleaje; sus olas son casi tan altas como las del Atlántico. Padre de otros lagos, desagua en el Océano por el río de San Lorenzo.

ADELA.—Muchos serán sus manantiales.

EL PADRE.—Ignoro si los tiene. Cuarenta ríos le dan tributo.

ADELA.—¿Es diversa la alimentación de los lagos?

EL PADRE.—No tan diversa como algunos suponen. Viven los lagos, ya de caudal propio, ya de caudal ajeno, ya de caudal ajeno y propio. Prescindo de los que sólo alimenta la lluvia y de los que no son sino rebalsas de ríos, a que corta el paso una muralla de rocas. Rebálsanse estos ríos hasta vencer el borde superior de la muralla o hasta donde lo exige la estrechez de su desaguadero.

Diferencíanse los lagos bajo otro punto de

vista. Los hay que son sepulcro de los ríos que reciben; los hay que son fuente y origen de nuevos ríos; los hay que a ríos sirven de paso. Por el lago de Ginebra pasa el caudaloso Ródano.

La acción del lago sobre los ríos es en este caso notoria. Pierden los ríos velocidad, se desprenden de las materias que arrastraron en su más o menos impetuoso curso, y salen, del lago más limpios y transparentes. Su estiaje es mucho menor; tanto, que es casi nulo el del río de San Lorenzo.

Diferencíanse, además, los lagos por su origen. Datan algunos del anterior período geológico, de los tiempos glaciales, y se los supone debidos a la acción de los grandes hielos; derivan otros de antiguas erupciones volcánicas. Figuran entre los primeros los de Suiza, los de la Escandinavia del Mediodía y los de Finlandia, la mayor parte de los de Escocia y el Norte de Inglaterra, y, en general, los muy profundos y de escarpadas márgenes. Figuran entre los otros los de Albano y Nemi, abiertos en el flanco occidental del Monte Cavo, y al decir de Judd, los de Bracciano y Bolsena, el uno de 10 kilómetros de diámetro; el otro

de 16 de longitud por más de 14 de anchura.

ADELA.—¡Lagos debidos a volcanes!

EL PADRE.—Los volcanes en sus sacudimientos alteran las condiciones de las tierras vecinas. Aguas que antes corrían subterráneamente, rasgada la costra que las contenía salen a la superficie. Hay lagos en los mismos cráteres de algunos volcanes. No hace dos siglos y medio, el año 1638, saltó el pico de Timor, faro de los marinos a 450 kilómetros de distancia, y apareció un lago en la sima que la explosión produjo.

ADELA.—Maravillada estoy de oirte. ¿Son eternos los lagos?

EL PADRE.—No hay en la historia noticia de que ninguno de los grandes lagos haya desaparecido. Hánse retirado algunos y han disminuido en aguas. Esto ha sucedido con los del valle de Méjico, aun antes de haberse abierto el canal de Nochistongo.

Un lago recuerdo que desapareció de súbito hace poco más de un siglo. En el año 1783, en los últimos días de Mayo, cubrió una niebla azulada las cumbres del Skapta-Yocul, montes de Islandia, nunca por nadie pisados. Tembló a poco la tierra, y el día 8 de Junio alzáronse

al Norte inmensas columnas de humo que, dirigiéndose al Sur, dejaron en la oscuridad todo el distrito de Lida. Cayó entonces sobre la haz del país un torbellino de cenizas, de que el día 10 brotaron llamas sin número, que iban sin cesar alumbrando las nevadas vertientes de la cordillera. Desapareció en tanto el río Skapta, uno de los mayores de la isla, después de haber arrastrado por la llanura enormes volúmenes de agua fétida y lodo volcánico.

A los dos días empezó a caer de los altos montes un torrente de lava, un torrente que tenía más de 600 pies de espesor y más de 200 de anchura. Invadió el ya seco cauce del río; no cabiendo en él, se derramó por ambas orillas; y después de haber quemado y asolado las bajas tierras de Medalland, se precipitó en un lago. El lago, con no ser pequeño, quedó al punto sin agua. El agua se desvaneció en los aires hirviendo y silbando.

ADELA.—¡Basta, padre, basta! Tú, humilde lago de Piedra, no tienes volcán que te amenace. Aunque lo hubiera, no hallaría cauce de río por donde llevar hasta ti sus torrentes de fuego. Llámante el lago de la Peña del Diablo, porque mansamente lames los pies del peñón

de este nombre; deberían llamarte el lago Oculto o el lago del Silencio.

De ese manantial que te alimenta permíteme que llene mi copa y en ti la vierta. No hallo para el agua ofrenda mejor que el agua. Todo lo alegra y lo fecunda. Limpia los cuerpos, y para casi todas las religiones, las almas.

EL PADRE.—También yo amo el agua. También yo la tengo como Píndaro por alto don de la naturaleza. Agua limpia en limpio cristal es para mí el colmo de lo bello.

ADELA.—Agua y cristal ¡son tan parecidos! Ambos son de un color, ambos transparentes. Ambos descomponen los rayos del sol en los colores del Iris.

EL PADRE.—Sí, hija mía, sí: el cristal no parece sino agua sólida; el agua no parece sino cristal líquido... Bebamos de esta fuente y demos la vuelta al lago.

INDICE

PÁGINAS

PI Y MARGALL (Por *Azorín*) 5

INTRODUCCIÓN 11

LA FUENTE 19

EL FUEGO 28

LA LLUVIA 32

LOS COLORES 40

A LA ORILLA DEL MAR 49

EN EL LAGO DEL MONASTERIO DE PIEDRA. 56